

COLECCIÓN DE ENSAYO POLÍTICO
INSTITUTO JUAN DE MARIANA – VALUE SCHOOL – DEUSTO

FRÉDÉRIC BASTIAT

ARMONÍAS ECONÓMICAS

Prólogo de Carlos Rodríguez Braun



INSTITUTO
JUAN DE MARIANA



DEUSTO

Armonías económicas

FRÉDÉRIC BASTIAT



EDICIONES DEUSTO

Título original: *Harmonies économiques*

© del prólogo: Carlos Rodríguez Braun

Edición a cargo de Domingo Soriano y Alfonso Meléndez
Nuestro agradecimiento a Karen Maeyens y Óscar Monsalvo

Value School agradece especialmente la contribución de las siguientes personas a la edición de esta obra: Luis Javier Placer, Carlos Galán, Federico Castro-Rial Schuler, Joaquín Aranzábal y Mercedes Catalá, Miguel Ángel Martín, Cluster Family Office, Nicolás Albert, Buy & Hold Capital, Antonio Ortega, Joaquín Grech, Pablo Martínez Bernal, José Luis Gómez Corchero, Carlos Santiso y Francisco Lodeiro.

© Centro de Libros PAPF, SLU / Instituto Juan de Mariana / Value School, 2022
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.

Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-3351-3

Depósito legal: B. 3.362-2022

Primera edición: abril de 2022

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Nota del editor	11
Prólogo.....	13
I. Organización natural y artificial	23
II. Necesidades, esfuerzos, satisfacciones	46
III. De las necesidades del hombre	63
IV. Cambio.....	95
Progreso del cambio	110
Límites del cambio.....	116
Fuerza moral del cambio	121
Fatales ilusiones que nacen del cambio	136
V. Del valor	140
Materialidad.....	159
Durabilidad.....	164
Trabajo.....	168
Utilidad	170
Rareza	180
Juicio	180

VI. Riqueza	197
Moralidad de la riqueza	214
VII. Capital	219
VIII. Propiedad. Comunidad.....	249
IX. Propiedad territorial	289
X. Concurrencia	316
1. Agentes naturales.....	324
2. Conocimientos	330
3. Instrumentos	332
Advertencia del traductor.....	353
XI. Productor. Consumidor	356
XII. Las dos divisas	375
XIII. De la renta.....	384

De la moneda. Del crédito

XIV. De los salarios	391
XV. Del ahorro.....	436
XVI. De la población	442
XVII. Servicios privados. Servicios públicos	477
XVIII. Causas perturbadoras.....	502
XIX. Guerra	512
XX. Responsabilidad	526
Sanción legal	544
XXI. Solidaridad	554
XXII. El motor social.....	563
XXIII. El mal	575
XXIV. Perfectibilidad	579
XXV. Relación de la economía política con la moral, con la política, con la legislación y con la reli- gión	586

Organización natural y artificial

El mecanismo social, como el mecanismo celeste, como el mecanismo del cuerpo humano, ¿obedece a leyes generales? ¿Constituye un conjunto armoniosamente organizado? ¿No se nota en él la falta de organización? ¿No es precisamente esta organización la que buscan hoy los hombres de corazón y de porvenir, los publicistas de ideas avanzadas y todos los trabajadores del pensamiento? ¿Somos una yuxtaposición de individuos obrando fuera de todo concierto y entregados a los movimientos de una libertad anárquica? Recuperando las masas penosamente una tras otra todas las libertades, ¿esperan que un gran genio las coordine en un conjunto armonioso? ¿Después de destruir, no es preciso fundar?

Si estas cuestiones no tuvieran más alcance; si la sociedad pudiera pasarse sin leyes escritas, sin reglas y sin medidas represivas; si cada hombre pudiera usar ilimitada-

mente de sus facultades, aunque atente a las libertades de las demás, o aunque perjudique a la comunidad; en una palabra, si la máxima «Dejad hacer» (*Laissez faire, laissez passer*) encerrase la fórmula absoluta de la economía política, la solución sería fácil y aceptable para todos. Los economistas no dicen que el hombre pueda matar, saquear e incendiar y que la sociedad deba dejarle hacer. Al contrario, afirman que la resistencia social a semejantes actos se manifestaría de hecho, aunque no existiese el Código Penal; que, por lo tanto, esa resistencia es una ley general de la humanidad; dicen que las leyes civiles y penales deben regularizar y no contrariar la acción de las leyes generales que suponen. Existe, en contraposición a la organización social fundada sobre leyes generales de la humanidad, otra organización artificial, soñada e inventada, que no atiende a esas leyes, las niega o las desdeña y que parece que quieran imponernos algunas escuelas modernas.

Si hay leyes generales que obran independientemente de las leyes escritas y de las que éstas sólo deben regularizar la acción, es preciso estudiar esas leyes generales, que son objeto de una ciencia, la economía política existe. Si, por el contrario, la sociedad sólo es una invención humana, si sólo constituye a los hombres la materia inerte a la que un genio como el de Rousseau dota de sentimiento y de voluntad, de movimiento y de vida, en ese caso no existe la economía política; sólo existirán un número de indefinidos arreglos posibles y contingentes, y la suerte de las naciones dependerá del «fundador», a quien la casualidad confíe sus destinos.

Para probar que la sociedad está sometida a leyes ge-

nerales, no me entregaré a largas disertaciones; me limitaré a señalar algunos hechos, que no por ser vulgares, dejan de ser importantes.

Rousseau ha dicho que «se necesita mucha filosofía para observar los hechos que están muy cerca de nosotros». Tales son los fenómenos sociales en medio de los que vivimos y nos movemos. La costumbre nos ha familiarizado de tal modo con esos fenómenos que no nos fijamos en ellos, a no ser que presenten algo brusco y anormal que los imponga a nuestra observación.

Tomemos por norma a un hombre que pertenezca a una clase modesta de la sociedad —un carpintero de un pueblo, por ejemplo—, y observemos los servicios que presta a la sociedad y los que recibe a cambio: al momento nos chocará la enorme desproporción aparente. Pasa el día ese hombre cepillando maderas y fabricando mesas y armarios, se queja de su condición y, sin embargo, ¿qué recibe en realidad de la sociedad a cambio de su trabajo?

Desde luego, todos los días al levantarse se viste y él no ha hecho ninguna de las numerosas piezas de que se compone su traje. Para que ese traje, sencillo como es, esté en disposición de usarse, se ha necesitado una enorme cantidad de trabajo, de industria, de transportes y de invenciones ingeniosas. Fue preciso que los americanos produjesen el algodón, los indios el añil, los franceses la lana y el lino, los brasileños el cuero, y que todos esos materiales hayan sido transportados a diversos pueblos y que hayan sido después trabajados, hilados y teñidos, etc.

Después el carpintero desayuna. Para que el pan que come le llegue todas las mañanas, se ha necesitado que las

tierras se hayan cultivado, abonado y sembrado, que se preservaran con cuidado del pillaje las cosechas, que haya habido seguridad en medio de innumerable multitud, que el trigo se cosechara, que el esfuerzo convirtiera en instrumento de trabajo el hierro, el acero, la madera y la piedra; que algunos hombres hayan dominado la fuerza de los animales, y otros el peso de una caída de agua, etc.; operaciones que, cada una de ellas considerada aisladamente, suponen una masa incalculable de trabajo, puesta en juego, no sólo en el espacio, sino también en el tiempo.

Ese carpintero no pasará el día sin emplear azúcar, aceite y sin servirse de algunos utensilios. Enviará a su hijo a la escuela, para que reciba una instrucción que, por limitada que sea, supone inquisiciones, estudios anteriores y conocimientos que espantan la imaginación.

Sale de casa y encuentra la calle adoquinada e iluminada. Disputa una propiedad y encuentra abogados que defiendan sus derechos, jueces que le sostengan en ella, empleados para hacer ejecutar la sentencia; todo esto supone también conocimientos adquiridos, en consecuencia, ilustración y medios de existencia.

Va a la iglesia; ésta es un monumento prodigioso y el libro que él lleva es quizá un monumento todavía más prodigioso de la inteligencia humana. Le enseña la moral, ilumina su espíritu y eleva su alma; y, para que esto suceda, ha sido necesario que otro hombre haya frecuentado las bibliotecas, los seminarios, que haya bebido en todos los manantiales de la tradición humana y haya podido vivir sin ocuparse directamente de las necesidades de su cuerpo.

Si dicho artesano emprende un viaje, se encuentra con que, por economizarle tiempo y disminuir sus incomodidades, otros hombres han allanado y nivelado el terreno, han llenado los valles y abatido los montes, han unido las riberas de los ríos, han colocado vehículos con ruedas por caminos llanos o sobre vías de hierro, han domado a los caballos y dominado la fuerza del vapor.

Es imposible desconocer la desproporción inconmensurable que existe entre las satisfacciones que este hombre saca de la sociedad y las que él podía proporcionarse si estuviera reducido a sus propias fuerzas. Me atrevo a decir que en un solo día consumiría tantas cosas como no podría producir durante diez siglos.

Lo más extraño de este fenómeno consiste en que todos los demás hombres se encuentran en el mismo caso que el carpintero de nuestro ejemplo. Cada uno de los que componen la sociedad absorbe dos millones de veces más de lo que pudiera producir y, sin embargo, nada se roban mutuamente. Si examinamos las cosas más de cerca, percibiremos que el carpintero paga en servicios todo lo que recibe. Si lleva sus cuentas con vigorosa exactitud, se convencerá de que nada recibe sin pagarlo con los medios de su modesta industria; pues todo el que ha sido empleado en un servicio en el tiempo o en el espacio recibió o recibirá su remuneración.

Es preciso que el mecanismo social sea ingenioso y potente para conducir al singular resultado de que cada hombre, hasta el que la suerte colocó en la más humilde condición, reciba más satisfacciones en un día de las que pudiera producir en muchos siglos. Este mecanismo pare-

cerá más ingenioso todavía si el lector se fija y se examina a sí mismo.

Supongamos un estudiante. ¿Qué hace en París? ¿Cómo vive allí? No puede desconocerse que la sociedad pone a su disposición alimentos, vestidos, habitación, diversiones, libros, medios de instrucción y, en fin, un sinnúmero de cosas cuya producción sólo para explicarse necesitaría muchísimo tiempo y más todavía para ejecutarse. Y, a cambio de todo eso, que ha exigido tanto trabajo, sudores, fatigas, esfuerzos físicos o intelectuales, transportes, invenciones, transacciones, ¿qué servicios presta a la sociedad ese estudiante? Ninguno; está preparándose para prestárselos. ¿Cómo los millones de hombres que se entregaron a trabajos positivos, efectivos y productivos le han entregado todo su fruto? He aquí la explicación: el padre de ese estudiante, que fue abogado, médico o negociante, prestó en otro tiempo servicios a la sociedad y consiguió, no servicios inmediatos, sino los derechos a servicios que puede reclamar en tiempo, en sitio y del modo que le convenga. Paga la sociedad hoy servicios lejanos y pasados; y si se siguiese con el pensamiento la marcha de las transacciones infinitas que debieron verificarse para alcanzar este resultado, se vería que cada cual ha sido pagado a su vez; que esos derechos han pasado de mano en mano, ya fraccionándose, ya agrupándose hasta hacer el completo balance por el consumo de este estudiante.

Hay que cerrar los ojos a la luz para no reconocer que la sociedad no puede presentar combinaciones tan complicadas en las que tan poca parte tienen las leyes civiles y penales, sin obedecer a un mecanismo prodigiosamente

ingenioso. Ese mecanismo constituye el estudio de la Economía Política.

Otra cosa digna también de notarse es que, en ese número verdaderamente incalculable de transacciones que contribuyen a hacer vivir al estudiante durante un día, no hay la millonésima parte de ellas que se efectúen directamente. Cosas innumerables de que goza hoy día son obra de hombres cuya mayoría hace ya largo tiempo desapareció de la superficie de la Tierra. Éstos, no obstante, fueron remunerados a su tiempo, aunque el que en la actualidad se aproveche del producto de su trabajo no haga nada por ellos. Ni los conoció ni los conocerá. El que lee esta página, en el momento mismo en que la lee, tiene el poder, aunque de ello no tenga conciencia, de poner en movimiento a hombres de todos los países, de todas las razas, me atrevo a decir, de todos los tiempos; hace concurrir a su satisfacción a generaciones extinguidas y a generaciones que no nacieron todavía; y este poder extraordinario lo debe a que su padre ha prestado en otro tiempo servicios a otros hombres que, en apariencia, no tienen nada en común con aquellos cuyo trabajo se pone en práctica en la actualidad. Se verifica, sin embargo, tal balance en el tiempo y en el espacio que cada cual fue retribuido y recibió lo que había calculado que debía recibir.

¿Fenómenos tan extraordinarios han podido realizarse sin que exista en la sociedad una natural y sabia organización que obre, por decirlo así, sin tener noticia de ello? Se habla mucho en nuestros días de una nueva organización. ¿Pero puede existir algún pensador por mucho genio que se le conceda, por mucha autoridad que se le atribuya,

que pueda imaginar y hacer prevalecer una organización superior a ésta de la que acabo de bosquejar algunos resultados? ¡Cómo podría compararse con ella si describiese sus ruedas, sus resortes y sus móviles!

Sus ruedas son los hombres, esto es, seres capaces de aprender, de reflexionar, de razonar, de engañarse, de rectificar y, en consecuencia, de obrar respecto al perfeccionamiento o al deterioro del mismo mecanismo. Son capaces de satisfacción y de dolor, y por eso constituyen no sólo el rodaje, sino también los resortes del mecanismo; siendo además sus móviles, porque el principio de actividad reside en ellos, viniendo además de todo esto a ser finalmente el objeto y el fin; ya que en satisfacciones o en dolores individuales, se resuelve todo en definitiva.

Se ha notado, y por desgracia no es difícil de notar que en la acción, el desarrollo y hasta el progreso de este poderoso mecanismo, muchas ruedas se estrellan fatal e inevitablemente, y que para muchísimos seres humanos la suma de dolores inmerecidos excede de mucho a la suma de los goces. Considerando esto, muchos espíritus sinceros y muchos corazones generosos dudan de este mecanismo; lo niegan, rehúsan estudiarlo y atacan, con frecuencia violentamente, a los que inquieren y exponen sus leyes; se sublevan contra la naturaleza de las cosas y se proponen, por fin, organizar la sociedad sobre un plan nuevo en el que no quepan la injusticia, el sufrimiento y el error.

No me rebelo contra intenciones manifiestamente filantrópicas y puras; pero abjuraría de mis convenciones, retrocedería ante lo que me dicta mi propia conciencia, si no declarase que semejantes hombres están equivocados.

En primer lugar, se ven reducidos, por la naturaleza misma de su propaganda, a la triste necesidad de desconocer el bien que la sociedad desarrolla, a negar sus progresos, a imputarle todos los males, espiándolos con avidez y exagerándolos, además.

Cuando se cree haber descubierto una organización social diferente de la que es el resultado de las naturales tendencias de la humanidad, es indispensable, para hacer aceptable la nueva invención, pintar con los colores más sombríos la organización que se trata de abolir, por lo que los publicistas a que aludo, después de proclamar con entusiasmo y después de exagerar la perfectibilidad humana, caen en la extraña contradicción de decir que la sociedad se deteriora de día en día. Creen que los hombres son hoy mil veces más desgraciados que lo eran en los tiempos antiguos, bajo el régimen feudal y bajo el yugo de la esclavitud; el mundo para ellos se ha convertido en infierno. Enseguida condenan el principio mismo de las acciones de los hombres, esto es, el interés personal, ya que él ha traído el estado actual. El hombre está organizado de tal modo que busca siempre su satisfacción y evita el pesar; de aquí, convengo en ello, nacen todos los males sociales: la guerra, la esclavitud, la expoliación, el monopolio, el privilegio; pero de aquí también nacen todos los bienes, porque la satisfacción de las necesidades y la repugnancia al dolor son los móviles del hombre. La cuestión se reduce a saber si este móvil, que por su universalidad individual se convierte en social, encierra en sí mismo un principio de progreso.

De todos modos, los inventores de organizaciones nuevas no aperciben de que ese principio inherente a la natu-

raleza del hombre les seguirá en sus organizaciones y en ellas causará otros estragos que en nuestra organización natural, en la que las pretensiones injustas y el interés de cada uno están contenidos por la resistencia de todos. Esos publicistas suponen siempre dos cosas inadmisibles: la primera, que la sociedad, como ellos la conciben, estará dirigida por hombres infalibles y desprovistos del móvil del interés; la segunda, que las masas se dejarán dirigir por dichos hombres.

Esos organizadores parece que no se preocupan de los medios de ejecución. ¿Cómo harán prevalecer su sistema? ¿Cómo convencerán a todos los hombres a que renuncien a la vez al móvil que hoy les impulsa, al atractivo de las satisfacciones, a la repugnancia hacia el dolor? Sería preciso para eso, como decía Rousseau, cambiar la constitución física y moral del hombre.

Para determinar a todos los hombres a la vez a que arrojen como un vestido incómodo el orden social actual, en el que la humanidad vive y se desarrolla desde su origen hasta nuestros días, y que adopten una organización de invención humana, convirtiéndose en piezas dóciles de otro mecanismo, no existen según mi parecer más que dos medios: la fuerza o el consentimiento universal. Es indispensable o que el organizador disponga de una fuerza capaz de vencer todas las resistencias, de modo que la humanidad sea en sus manos cera blanda que se deje amasar y modelar según su capricho, u obtener por medio de la persuasión asentimiento tan completo, tan exclusivo y tan ciego que haga inútil el empleo de la fuerza.

Desafío a que se me presente otro medio de hacer

triunfar, de hacer practicable, un humano *falansterio* o cualquier otra organización social artificial. Luego, si sólo existen esos dos medios y si se demuestra que ambos son impracticables, se prueba con esto sólo que los organizadores pierden el tiempo y el trabajo.

En cuanto a disponer de una fuerza material que pueda someter a todos los reyes y pueblos de la tierra, los innovadores, por ilusos que sean, no lo han soñado jamás. El rey Alfonso, dijo con orgullo: «Si hubiese intervenido en los consejos de Dios, el mundo planetario estaría mejor arreglado». Pero si anteponía su sabiduría a la del Creador, no tuvo al menos la locura de disputar su poder a Dios; y la historia no refiere que probase a hacer dar vueltas a las estrellas según las leyes de su invención. Sólo Jerjes, en la embriaguez de su poder, se atrevió a decir a las olas «no pasaréis de ahí»; pero las olas no retrocedieron ante Jerjes, y Jerjes retrocedió ante las olas, porque sin esa humillante pero prudente precaución, hubiera sido tragado por ellas.

A los organizadores, pues, les falta la fuerza para someter la humanidad a sus experimentos: aunque tuviesen de su parte al autócrata de las Rusias, al Sha de Persia, al Kan de los tártaros y a todos los jefes de naciones que ejercen sobre sus vasallos un imperio absoluto, no conseguirían disponer de fuerza suficiente para distribuir a los hombres en grupos y series y anonadar las leyes generales de la propiedad, del cambio, de la herencia y de la familia. Porque hasta en Rusia, en Persia y en Tartaria, es preciso contar más o menos con los hombres. Si el emperador de Rusia quisiera alterar la constitución moral y física de sus

vasallos, es probable que tuviera pronto sucesor, y que éste desistiera de continuar en el experimento.

Ya que la fuerza es un medio que no está al alcance de los organizadores, no les queda otro recurso que obtener el asentimiento universal. Hay para esto dos medios: la persuasión y la impostura.

En cuanto a la persuasión, diré que jamás se han visto dos inteligencias acordes por completo sobre todos los puntos de una sola ciencia: ¿Cómo, pues, hombres de diferentes lenguas, razas y costumbres, esparcidos por toda la superficie del globo, la mayoría que no sabe leer ni escribir, destinados a morir sin oír hablar del reformador, han de aceptar unánimemente la ciencia universal? ¿De qué se trata? De cambiar la manera de ser del trabajo, del comercio, de las relaciones domésticas, civiles y religiosas; en una palabra, de alterar la constitución física y moral del hombre: ¡y creen que van a rehacer a la humanidad entera por medio de la convicción!... Tarea verdaderamente ardua, imposible.

Los organizadores vienen a decir a sus semejantes: «Desde hace cinco mil años ha habido una mala inteligencia entre Dios y la humanidad. Desde Adán hasta nuestros días, el género humano anda por camino extraviado y, si me cree, voy a dirigirle por el verdadero camino. Dios deseaba que la humanidad marchase de modo distinto y ella no quiso, y he aquí por qué el mal se introdujo en el mundo. Que escuche mi voz, que la invita a tomar la dirección inversa, y disfrutará de la felicidad universal». Es fácil conseguir, cuando así se debuta, cinco o seis adeptos, pero de esto a ser creído por millones de hombres la distancia que media es incalculable.

Además, el número de invenciones sociales es tan ilimitado como el dominio de la imaginación. Pensad que no existe un solo publicista que encerrándose durante algunas horas en su gabinete no salga de él con un plan de organización artificial en la mano; que las invenciones de Fourier, Saint-Simon, Owen, Cabet, Blanc, etc., no se parecen entre sí; que no pasa un día sin que se presenten otras; que verdaderamente la humanidad tiene razón para recogerse y vacilar antes de rechazar la organización social que Dios le dio y para elegir definitiva e irrevocablemente entre tantas invenciones sociales. Porque, ¿qué le sucedería si después de elegir uno de esos planes se le presentase otro mejor?... ¿Puede todos los días constituir la propiedad, la familia, el trabajo y el cambio, bajo bases diferentes?... ¿Debe exponerse a cambiar de organización todas las mañanas?...

Así pues, como dice Rousseau, «el legislador, no pudiendo emplear la fuerza ni el razonamiento, tiene necesidad de recurrir a una autoridad de otro orden que arrastre sin violencia y persuada sin convencer». ¿Qué autoridad es ésa? La impostura. Rousseau no se atreve a articular la palabra, pero según su invariable costumbre en semejantes casos, la coloca detrás del velo transparente de un párrafo de elocuencia.

He aquí, dice, lo que obligó en todos tiempos a los padres de las naciones a recurrir a la intervención del cielo y a honrar a los dioses con su propia sabiduría, con la idea de que los pueblos, sometidos a las leyes del Estado como a las de la naturaleza, y reconociendo el mismo poder en la formación del hombre y en el de las ciudades, obedeciesen

con libertad y arrastrasen dócilmente el yugo de la felicidad pública. Esta razón sublime que se eleva por encima de los alcances de los hombres vulgares es la que el legislador pone en las «decisiones que salen de la boca de los inmortales», para atraer por autoridad divina a los que podría inducir por medio de la prudencia humana. Pero no todos los hombres pueden hacer hablar a los dioses.

Para que no nos engañemos, deja a Maquiavelo, citándole, el cuidado de completar su pensamiento. «Mai non fu alcuno ordnatore di leggi straordinarie in un popolo che non ricorresse a Dio.»

¿Por qué Maquiavelo aconseja recurrir a Dios y Rousseau, a los dioses, a los inmortales?... Dejo al lector que resuelva esta cuestión.

No es mi ánimo acusar a los modernos padres de las naciones del empleo de semejantes supercherías pero, no obstante, debe comprenderse, colocándonos bajo su punto de vista, que por el deseo de conseguir el logro de sus aspiraciones pueden dejarse arrastrar con facilidad. El hombre sincero y filántropo, que está convencido de que posee un secreto social por medio del que todos sus semejantes han de gozar en el mundo de felicidad sin límites, y ve con claridad que no puede hacer prevalecer su idea ni por la fuerza ni por el razonamiento, y que sólo le queda como último recurso la superchería, debe sentir fuerte tentación de emplearla. Sabemos que hasta los ministros de la religión, que profesan verdadero horror a la mentira, no han retrocedido ante los fraudes piadosos; hasta el mismo Rousseau, el austero escritor que puso como divisa al frente de todas sus obras «Vitam impendere vero», el orgullo-

so filósofo se deja seducir por el atractivo de la siguiente máxima tan opuesta a la que acabo de citar: «El fin justifica los medios». No sería, pues, extraño que los modernos organizadores pensasen también en honrar a los dioses con su propia sabiduría poniendo sus decisiones en boca de los inmortales, en atraer sin violencia y en persuadir sin convencer.

Imitando a Moisés, Fourier hace que un Génesis preceda a su Deuteronomio. Saint-Simon y sus discípulos todavía fueron más adelante en sus veleidades apostólicas. Otros, más cautos, dan a la religión más extensión, modificándola según su punto de vista bajo el nombre de neocristianismo, procurando atraer con el tono de afectación mística que casi todos los reformadores modernos introducen en sus predicaciones.

Los esfuerzos que se han hecho en este sentido sólo han servido para probar que en nuestros días no basta querer ser profeta para serlo. Inútil es proclamarse Dios cuando nadie lo cree, ni el público, ni los amigos, ni el mismo que se proclama.

Me permitiré, ya que me he ocupado de Rousseau, hacer aquí algunas reflexiones sobre este organizador, porque servirán para apreciar las diferencias que separan a las organizaciones artificiales de la organización natural. Esta digresión no es por otra parte intempestiva, porque hace ya tiempo que existen muchos individuos que creen que *El contrato social* es el oráculo del porvenir.

Rousseau estaba convencido de que el aislamiento fue el estado de naturaleza del hombre y, por consecuencia, que la sociedad es invención humana. El orden social, dice,

«no dimana de la naturaleza y está fundado en las convenciones». Este filósofo, tan apasionado de la libertad, tenía una triste opinión de los hombres, los creía incapaces de crearse una buena institución; era, pues, indispensable para conseguirlo un fundador, un legislador, un padre de las naciones.

«El pueblo sometido a las leyes debe ser el autor de ellas. Sólo corresponde a los que se asocian reglamentar las condiciones de la sociedad; mas ¿cómo reglamentarla?... ¿Por común acuerdo o por inspiración súbita? ¿Cómo una multitud ciega, que con frecuencia no sabe lo que quiere, porque rara vez sabe lo que le conviene, ha de realizar empresa tan grande y tan difícil como lo es un sistema de legislación? Los particulares ven el bien que rechazan, el público desea el bien que no ve, todos necesitan guías: de aquí nace la necesidad de un legislador.» Este legislador, como ya hemos visto, no pudiendo emplear la fuerza ni el razonamiento, tiene necesidad de recurrir a una autoridad de otro orden, esto es, al engaño.

Rousseau coloca a su legislador a una inmensa altura respecto a los demás hombres. «Debían ser dioses los que diesen las leyes a los hombres. El que se atreva a instituir a un pueblo debe sentirse con fuerzas para cambiar, por decirlo así, la naturaleza humana y alterar la constitución del hombre para reforzarla, quitándole sus propias fuerzas para darle otras que le sean extrañas. El legislador debe ser un hombre extraordinario en el Estado; su empleo es una función particular y superior, que nada tiene de común con el imperio humano. Es difícil ser un gran príncipe, pero mucho más ser un gran legislador: al primero le

basta con seguir el modelo que el segundo debe proponerle. Éste es el mecánico que inventa la máquina, aquél es el obrero que la monta y la hace funcionar.» ¿Y qué es la humanidad en este caso?: la vil materia de que se compone la máquina.

¿No es eso el orgullo llevado hasta el delirio? El fundador de un pueblo debe proponerse un objeto. Tiene en sus manos la materia humana, pero es preciso que la dirija a un fin. Como los hombres carecen de iniciativa y todo depende del legislador, éste ha de decidir si un pueblo debe ser comerciante o agricultor, bárbaro o *ichtiophage*,¹ etc. Debe desearse que el legislador no se equivoque y no obre contra la naturaleza de las cosas.

Los hombres, conviniendo en asociarse o, mejor dicho, asociándose a la voluntad del legislador, tienen un objeto marcado. Así, dice Rousseau, «los hebreos y después los árabes tuvieron por principal objeto la religión; los atenienses, las letras; Cartago y Tiro, el comercio; Rodas, la marina; Esparta, la guerra y Roma, la virtud».

¿Cuál será, pues, el objeto de las modernas naciones? Según las ideas de Rousseau, no deben ser ni las letras ni el comercio ni la marina. La guerra es noble objeto y la virtud más aún; sin embargo, hay otro superior, «que debe ser el fin de todo sistema de legislación: la libertad y la igualdad». Es preciso saber lo que Rousseau entendía por libertad. Gozar de la libertad, según él, no es ser libre, es dar su sufragio, aunque seamos «arrastrados sin violencia y persuadidos sin convicción», porque entonces «se obe-

1. El que se alimenta de peces. (*N. del t.*)

dece con libertad y se lleva fácilmente el yugo de la felicidad pública». «En Grecia, [dice] todo lo que el pueblo tenía que hacer lo hacía por sí mismo; se reunía continuamente en la plaza pública, habitaba un clima templado y suave, no era ávido y los esclavos se ocupaban de todos los trabajos; su gran asunto era la libertad.» «El pueblo inglés cree ser libre y se equivoca [dice en otra parte]. Sólo lo es durante la elección de los miembros del Parlamento, en cuanto éstos son elegidos, es esclavo, no es nada.»

El pueblo debe hacer por sí mismo todo servicio público si quiere ser libre, porque en esto consiste la libertad. Debe hacer todos los nombramientos y vivir en la plaza pública: en cuanto un ciudadano se entrega al cuidado de sus propios negocios, en el instante, deja de ser libre. Esta dificultad no es pequeña. ¿Cómo impedir la? Para practicar la virtud, para ejercer la libertad es preciso vivir.

Hemos visto cómo Rousseau ha ocultado entre rasgos oratorios la palabra *impostura* y ahora vamos a ver cómo recurre a un rasgo de elocuencia para hacer que no se conozca la conclusión que nace del libro: la *esclavitud*.

«Vuestros climas crudos os obligan a tener necesidades. En seis meses del año no podéis estar en la plaza pública, vuestras lenguas sordas no pueden hacerse oír al aire libre y teméis menos a la esclavitud que a la miseria [...]. Ved por qué no podéis ser libres. ¿Que la libertad sólo se mantiene con el apoyo de la esclavitud? Quizá.»

Si Rousseau se hubiese detenido ante esa palabra afrentosa, el lector se hubiera sublevado; necesitaba recurrir a reclamaciones imponentes, y así lo hace: «Todo lo que no está en la naturaleza (se trata de la sociedad) tiene sus in-

convenientes, y la sociedad civil más que todo. Existen en ella posiciones desgraciadas en las que sólo se puede conservar la libertad a expensas de la de los demás, y en las que el ciudadano no puede ser perfectamente libre si el esclavo no es extremadamente esclavo. Vosotros, pueblos modernos, no tenéis esclavos; pero lo sois vosotros, pagáis su libertad con la vuestra. Puede vanagloriaros esa preferencia; yo encuentro en ella más cobardía que humanidad». Esas frases de Rousseau quieren decir: pueblos modernos: ¿no sería mejor para vosotros no ser esclavos y tenerlos?

Perdóneme el lector esa larga digresión; he creído que no era inútil, puesto que se intenta presentarnos a Rousseau y a sus discípulos de la conversión como a los apóstoles de la fraternidad humana. Los hombres, considerados como materiales, el príncipe como un mecánico, al padre de las naciones como el inventor, al filósofo por encima de todos, la impostura como medio y la esclavitud por resultado: ¿es, todo esto, la fraternidad que nos prometen? Me ha parecido también que el estudio de *El contrato social* era a propósito para hacer ver lo que caracteriza a las organizaciones sociales artificiales. Es un rasgo común a todos los inventores de esta clase de organizaciones partir de la idea de que la sociedad es un estado contra la naturaleza, buscar combinaciones por las que se pueda someter a la humanidad, olvidarse de que ella tiene en sí misma su propio móvil, considerar a los hombres como a materialesviles, aspirar a darles movimiento y voluntad, sentimiento y vida y considerarse de ese modo a una inconmensurable altura del género humano. Las invenciones son diferentes; pero los inventores se parecen.

Entre los nuevos arreglos a que se invita a los débiles humanos, hay uno que se presenta en términos que le hacen digno de atención; su fórmula es: asociación progresiva y voluntaria. Pero la economía política está precisamente fundada en lo mismo: sociedad es lo mismo que asociación, imperfecta al principio, porque el hombre es imperfecto, pero que se perfecciona con él, esto es, progresiva. ¿Quiéren hablarnos de una asociación más íntima entre el trabajo, el capital y el talento de la que debe resultar para los miembros de la familia humana un mayor bienestar y un bienestar más repartido?... Pues si esas asociaciones son voluntarias, si en ellas no intervienen ni la fuerza ni la violencia, si los asociados no pretenden que paguen los gastos del establecimiento los que rehúsen entrar en él... ¿en qué difieren esas asociaciones de la economía política? La economía política, como ciencia, examina las formas diversas por las que los hombres desean unir sus fuerzas y dividir las ocupaciones con el objeto de proporcionarse mayor y más repartido bienestar. El comercio nos da con frecuencia el ejemplo de dos o más personas que forman asociaciones entre ellas. Las compañías por acciones de estos últimos tiempos dan al capital más insignificante el poder de intervenir en las mayores empresas. Existen algunas fábricas en las que se prueba a asociar a los trabajadores a los resultados del trabajo. La economía política no condena esos ensayos ni los esfuerzos que hacen los hombres para sacar más partido de sus fuerzas y no ha afirmado en parte alguna que la humanidad haya dicho su última palabra; todo lo contrario, no creo que haya ciencia alguna que demuestre con mayor claridad que la sociedad está en la infancia.

Aunque se conciban esperanzas para el porvenir, aunque se crea que la humanidad podrá encontrar nuevas formas para el perfeccionamiento de sus relaciones y para la difusión del bienestar, de los conocimientos y de la moralidad, no se puede desconocer que la sociedad es una organización que tiene por elemento a un agente inteligente y moral, dotado de libre arbitrio y perfectible: si le quitáis la libertad, la reduciréis a un triste y grosero mecanismo.

Parece que no se ame a la libertad en nuestros días. En la tierra de la Francia, imperio privilegiado de la moda, parece hoy que la libertad sea una cosa antigua.² Pero el que rechaza la libertad no tiene fe en la humanidad. Se pretende recientemente haber hecho el fatal descubrimiento de que la libertad conduce al monopolio.³ No; ese encadenamiento monstruoso, ese pacto contra la naturaleza no existe, es el fruto imaginario de un error que se disipa pronto iluminándolo con la antorcha de la economía política. ¡La libertad engendra el monopolio! ¡La opresión nace naturalmente de la libertad!... Afirmar eso es afirmar que las tendencias de la humanidad son radicalmente malas; malas en sí mismas, malas por naturaleza, malas por esencia; es afirmar que la pendiente natural del hombre le inclina hacia su deterioro y el atractivo irresistible del espíritu, hacia el error; y si esto es así, ¿para qué sirven nuestras

2. No hay que olvidar que Bastiat escribió esta obra en 1850. (*N. del t.*)

3. «Se ha averiguado que nuestro régimen de libre concurrencia, reclamado por una economía política ignorante y decretado para abolir los monopolios, sólo conduce a la organización general de los grandes monopolios de todas especies.» (Principio del socialismo, por Considerante.)

buenas escuelas, nuestros estudios, nuestras inquisiciones y nuestras discusiones sino para imprimirnos un impulso más rápido por esa pendiente fatal, ya que para la humanidad aprender a elegir es aprender a suicidarse?

Si las tendencias de la humanidad son esencialmente perversas, ¿dónde buscarán para cambiarlas los organizadores su punto de apoyo? Después de esas premisas, ese punto de apoyo sólo puede estar fuera de la humanidad. ¿Lo buscarán en sí mismos, en su inteligencia y en su corazón? No son dioses aún, son hombres todavía y por consecuencia lanzados como toda la humanidad hacia el fatal abismo.

¿Invocarán la intervención del Estado? El Estado se compone de hombres, y sería preciso probar que esos hombres constituyen una clase aparte para los que no se han hecho las leyes generales de la sociedad, ya que son ellos los encargados de establecerlas. Sin esa prueba, la dificultad queda en pie. No condenemos así a la humanidad antes de estudiar sus leyes, sus fuerzas, sus energías y sus tendencias. Desde que Newton descubrió la atracción, no pronunciaba el nombre de Dios sin descubrirse.

Cuanto más la inteligencia está por encima de la materia, tanto más por encima está el mundo social que admiraba Newton, porque la mecánica celeste obedece a leyes de las que ella no tiene conciencia. ¡Cuánto mayor motivo no tendremos nosotros para inclinarnos ante la sabiduría eterna estudiando la mecánica social, en la que vive el pensamiento universal, *mens agitat molem*,⁴ y que presenta

4. La mente mueve la materia.

además el fenómeno extraordinario de que cada átomo es un ser animado que piensa, dotado de energía maravillosa y del principio de toda moralidad, de toda dignidad, de todo progreso, atributo exclusivo del hombre, de la libertad!